

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 300

Barcelona, 28 de Noviembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

Al habla con el doctor Negrín

El presidente del Consejo, doctor Negrín, recibió ayer—y obsequió—a los periodistas nacionales. Los periodistas agradecemos la ocasión que se nos brindaba de establecer contacto directo con la más alta personalidad política del país y estimamos que para el presidente tampoco habrán sido perdidas las dos horas que dedicó a charlar con los periodistas. En los salones de la residencia presidencial, los periodistas representábamos, quizá con más exactitud que desde las páginas de nuestro diario, el aire de la calle. A ningún gobernante le viene mal respirarlo de cuando en cuando. Pero, en suma, si al señor Negrín no le sirvió de nada la entrevista, a nosotros nos sirvió de mucho. El jefe del Gobierno tiene, según dicen cuantos le tratan, excelentes condiciones personales. Pudimos ayer comprobar directamente algunas de ellas. La más principal, o al menos la que a nosotros más nos importa, es la seguridad tranquila, seria y sonriente—no son términos contradictorios—que emana, naturalmente de su persona. Oyéndole hablar, sencillo, claro y lógico, uno piensa: «He aquí un hombre que tiene en sus manos los destinos del país. Es posible que no sean las suyas grandes garras constructoras, de esas que amasan con la cera roja y nerviosa de los pueblos un tipo nuevo de vida, pero no cabe duda de que las riendas están en manos serenas, firmes, responsables, que dirigirán con destreza y buen sentido». Y esto infunde una gran confianza. La cualidad señera del doctor Negrín tiene la virtud de ser suficientemente contagiante. Dice las cosas con las palabras humanas que sirven para tratar en la vida corriente los problemas más trascendentales. Uno no sabe por qué en labios de los políticos estas palabras suelen envolverse en nubes de retórica—retórica literaria o mímica—que les dan un tono que suena a hueco y a falso. Con el doctor Negrín, ésta que podríamos llamar de información profesional, queda reducida al mínimo, y casi se podría decir que no existe. De ahí la confianza que imprime en quien le escucha.

Como el jefe del Gobierno se había avenido, en pacto tácito, a que se le hicieran todas las preguntas que se quisiera, se le hicieron muchas, y a pesar de que el señor Negrín puso en práctica el aforismo wildeano «las preguntas no son nunca indiscretas; son indiscretas las respuestas», tuvo ocasión de hablar, y la utilizó largamente, de los problemas nacionales más vivos. En primer término, la guerra. Alguien recordó una frase del propio presidente: «la guerra será dura y larga».

El señor Negrín recogió la intención del recuerdo y se prestó a servirla, ampliando las razones que tuvo para pronunciar aquélla.

La guerra será dura y larga, y nos esperan algunos muy malos ratos, porque el enemigo no está todavía dispuesto a rendirse, único final posible que la guerra tiene. No hemos buscado la guerra, hicimos cuanto se pudo para impedirla, muchos españoles leales han tenido que hacer verdadera violencia con ellos mismos para aceptar la lucha que les planteaban, porque nada más lejos de su ánimo que la apelación a las armas, pero ni entonces, ni ahora, tenemos opción. Con la independencia de España, con la libertad y la dignidad de los españoles, con la propia vida física de todos nosotros, no caben distinguos, no caben más y menos, no cabe decir «hasta aquí hemos llegado», mientras quede aliento. Estamos entre la espada y la pared. La pared es un muro duro, prieto, macizo, el muro de la soberanía nacional. Tiene una sola puerta, una sola pequeña, angosta, oscura y sucia puerta, en cuyo dintel hay escrita una palabra infamante: «traición». Como ningún español digno ha de consentir que los reflejos de esa palabra le caigan sobre el rostro, la guerra será larga y dura porque la espada del enemigo se mantiene amenazante en brazos que, por mercenarios, son cambiables. Dura, larga, pero victoriosa para las armas republicanas. Lo que eran sueños hace un año, y posibilidades remotas hace seis meses, son hoy realidades tangibles, que serán superadas dentro de seis meses. Se han hecho prodigios, pero no se ha llegado a los límites de la capacidad creadora de la República, con las armas y con las herramientas. Quedan aún márgenes extraordinarios que hay que llenar con el esfuerzo de todos, que se están llenando ya, algunos, ciertos, no con la celeridad debida, pero que se llenarán de todas maneras porque por encima de la voluntad chiquita de los hombres está la voluntad de la nación, que puede exigir y exige. No hay duda alguna. Los medios de que España dispone en hombres, dinero, volumen industrial y agrícola, son suficientes para ganar la guerra a despecho de los azares de las batallas. No reproducimos, glosamos las palabras del jefe del Gobierno. Pero queremos resumirlas con unas, textuales: «Sin optimismo exagerado, puedo decirles que la situación es francamente halagüeña».

(«La Vanguardia». Barcelona, 27-XI-37.)

ITALIA Y FRANCIA

Como pretexto para una gran campaña de Prensa contra Francia, un periódico oficioso italiano inventa un discurso del ministro de Marina francés

Roma, 26. — El diario oficioso «Giornale d'Italia» publica un artículo de Virginio Gayda, en el que comenta un supuesto discurso del ministro de Marina francés, señor Campinchi, dirigido a los marinos de Tolón.

En este supuesto discurso de Campinchi se le hace decir que los habitantes de Córcega son profundamente franceses, y que, por consiguiente, defenderán la isla por todos los me-

dios a su alcance, ante la eventualidad de una invasión extranjera.

El diario italiano considera que este supuesto discurso «es una provocación», y agrega:

«Si más allá de los Alpes alguien osara lanzarse a una aventura contra Italia, encontraría no solamente una adecuada barrera de cañones, sino a 45 millones de habitantes dispuestos a hacer uso de sus armas».

París, 26. — El ministro de Mari-

na publica una nota en la que se dice:

«Un diario italiano ha publicado el texto de un supuesto discurso del señor Campinchi en Tolón. El ministro de Marina hace constar que este discurso es una pura invención, puesto que el ministro sólo pronunció una pequeña alocución en el Ayuntamiento de la ciudad, sin hablar de ninguna cuestión internacional.»

Roma, 26. — Se considera que el artículo de Virginio Gayda en el «Giornale d'Italia» sobre un supuesto discurso del señor Campinchi constituye la primera fase de una gran campaña dirigida contra Francia.

Como

ningún español digno ha de consentir que los reflejos de la palabra «traición» le caigan sobre el rostro, la guerra será larga y dura porque la espada del enemigo se mantiene amenazante en brazos que, por mercenarios, son cambiables. Dura, larga, pero victoriosa para las armas republicanas.

Recepción de periodistas en la Presidencia

Manifestaciones del jefe del Gobierno, Dr. NEGRIN

LEASE EN 3.ª PAGINA

Para la historia de la libertad italiana

Niza, 25. — A pesar de la represión fiera emprendida desde hace algún tiempo, y a pesar de las detenciones de antifascistas, continúa manifestándose el descontento bajo las formas más diversas entre los obreros de Cenzano y otros pueblos de los alrededores de Roma. Esto produce indignación en los altos funcionarios, que se dan cuenta de que las medidas de represión no hacen cambiar nada la situación, por lo que el fascismo ha tomado la determinación de relevar a todos los inspectores y obreros de confianza que tenía en esta región, sustituyéndolos por otros que tienen la misión de «domar» la población de esta comarca, que tiene gran importancia y posee una antigua tradición revolucionaria. — A. I. M. A.

El hombre inmune

Lo social no puede ser una enfermedad para el hombre, como lo es ahora, sino una inmunidad

Las Babilonias capitalistas de hoy (Berlín, Londres, París, New York, sobre todo), sintéticas máquinas monstruosas de lo inútil moderno, se comen y se digieren venenosamente a sí mismas, por sus propias lacras.

Esto es bueno para ellas y para el mundo. Hay ya síntomas de que muchos vemos, dentro y en torno de estas capitales Babilonias, esa endémica decadencia; y nos proponemos evitarla saliendo de ello. La ciudad desmedida diferencia, aísla; el campo iguala, funde. New York, por ejemplo, cuando, el domingo, se queda sola, es como un taller colosal cerrado, una enorme fábrica parada. Sin hombre, se ve bien que no es lugar, casa del hombre.

El comunismo capitalista, mina, tesoro, sostén de las actuales colmenas decadentes, con centro de parasitismo vicioso y alrededor de virtuosa esclavitud, ha de ceder al comunismo idealista, lírico, subjetivo: comunismo comunista en lo necesario, lo suficiente material, e individualista en lo infinito inmaterial, espiritual; y no hay otro comunismo para el hombre mejor. (Entre los dos, quedará nulo, como un absurdo tránsito, el imposible comunismo totalitario, tan estéril, tan seco, tan yerto como las dictaduras de tipo fascista o nazista que son su propio revés o derecho, según quien mire). El verdadero hombre, es decir el trabajador verdadero, material o intelectual, no podrá nunca soportar dictaduras de castillo ni de plaza, cadena de oro ni de hierro, en lo vocativo.

El hombre tristemente mecanizado, diente de los engranajes babilónicos, debe recobrar del progreso, con o contra el progreso y por su propia rueda, su lógico tamaño, su fuerza misma, su auténtica individualidad. Lo social no puede ser una enfermedad para el hombre, como lo es ahora, sino una inmunidad. Sin su aliento, su proporción, su libertad, nada puede, aunque parezca que puede mucho, el hombre.

El estado normal, justo, efectivo del progreso general es aquél en que todos seamos «aristócratas», digo «sencillos seres de profundo cultivo interior»; aquél en cuya raya el hombre no parezca, no pueda parecer pequeño, cansado ni preso.

JUAN RAMON JIMENEZ

(«Baragá». La Habana, 10-VIII-1937.)

Lo que yo he visto en la cárcel de Sevilla

Relato de un oficial de Prisiones, evadido de la zona facciosa

I

Yo era oficial de prisiones. Hacía poco que sabía lo que era una cárcel por dentro. Ni yo me explico ahora mismo bien por qué hice aquellas oposiciones. Quizá porque me indujeron a ello los consejos familiares.

Presté primero servicios en la cárcel de Murcia. No guardo ningún recuerdo importante de aquellos días para nadie, ni para mí mismo.

Pero, en el mes de junio de 1936, me trasladaron a la prisión de Sevilla.

La población penal era, en su mayoría, común. Algunos señoritos de Falange, que recibían visitas frecuentes, con los que se tenía una consideración especial y a los que no impresionaba grandemente el régimen carcelario, quizá porque la vida que ellos hacían en la cárcel no se parecía gran cosa a ese régimen.

Se saludaban con el brazo extendido, hablaban sin recato de política y esperaban, de un día para otro, salir.

Yo no tenía ninguna experiencia política. Me parecía un poco inusitado que aquellos jóvenes, tan bien cuidados, estuvieran en la cárcel y les fueran a visitar gentes con títulos que se apeaban de automóviles. Mi asombro subió de punto cuando un día los visitaron unos jefes del Ejército.

Yo hacía una vida de escasas relaciones. Mi origen es humilde y nunca tuve ninguna aversión al pueblo. Mis escasas amistades eran gentes sencillas, trabajadoras, que alguna vez me decían que en Sevilla había muchos fascistas y que un día iban a dar un disgusto a la República, si el pueblo no se preparaba.

ESTALLA LA SUBLEVACION

El 17 de julio se supo en Sevilla la sublevación de Marruecos. A mí me lo comunicaron al incorporarme al servicio con la orden de no moverme de la cárcel. No sé lo que pasó en aquellas horas en la calle. Quedé aislado de todo, sin más noticias que las que me transmitían los presos falangistas, que no cabían en sí de gozo. Campaban por sus respetos.

—¡Arriba España!
—¡Ahora va a saber la canalla esa lo que es bueno!

Alguno se impacientaba:
—¿Pero a nosotros no nos sacan de aquí?

Ninguno nos atrevíamos a impedir estas demostraciones de alegría, incompatibles con la más benévola tradición carcelaria, porque el propio director había llamado a su despacho a los detenidos fascistas, y salido con ellos sonriente, como si se tratara de sus mejores amigos.

El día 18, tropas de refuerzo custodiaron la cárcel. Se decía ya que se había declarado el estado de guerra para impedir un movimiento comunista, y que el general Queipo de Llano era el gobernador de la plaza. Aquel mismo día, las puertas de la cárcel de Sevilla quedaron abiertas para los fascistas. Con ellos salieron algunos delincuentes comunes, que también saludaban con el brazo extendido y gritaban:

—¡Arriba España!

LA SEÑAL

Pero el día 19 ocurrió algo terrible. A otros compañeros y a mí nos llamó el director de la cárcel para decirnos:

—Pónganse a las órdenes de estos señores y entréguenles los detenidos que hagan falta.

Aquellos señores eran unos mu-

chachos, vestidos con camisas oscuras, cruzados de correajes, con pistola en la cintura. Tenían un aire resuelto y provocativo que desagradaba.

El que dirigía a los «señores» llevaba una lista de nombres, y a un tal M., oficial de prisiones al que todos conocíamos por su crueldad y sus ideas monárquicas, le dieron los nombres de los que iban a extraer de la prisión.

Yo vi salir a los cuatro elegidos, que no tenían la menor noción de lo que podía tratarse.

Uno de los «señores» aseguraba:
—Vosotros sois comunistas, ¿no? Pues hay que gritar en toda España ¡Viva la Falange!

Los empujaron con las pistolas. Yo me enteraba en aquel momento de que eran comunistas, pues su estancia en la cárcel estaba motivada por un altercado en el muelle de descarga de Triana.

No se los llevaron en ningún coche celular. Partieron, siempre rodeados de las pistolas, en un auto de turismo, cerrado y negro.

Recuerdo esto porque, como digo, fué la primera expedición. La señal.

«¡HAY QUE EXTERMINARLOS, SIN COMPASION!»

Llegaban en camionetas, por docenas. Obreros, en su mayoría, descamisados, algunos hombres bien vestidos, cuyos nombres no me eran desconocidos por haberlos oído en la Audiencia: el presidente de Izquierda Republicana, José Pérez García, el doctor Juan Martín Nicolás...

A veces llegaban cuerdas de presos con centenares de hombres. La cárcel parecía ya insuficiente. Se les hacinaba en grupos de ocho y de diez en celdas. Yo no había presenciado jamás nada parecido. No sabía qué Juzgado los enviaba, de qué delitos se les acusaba.

—Son «rojos»—nos decía M.

Muchos de los detenidos traían las huellas indudables de haber sido maltratados. Luego he visto sacar de la cárcel a varios hombres y devolverlos desfigurados, tundidos. Venían del «Conservatorio». Se los habían llevado para hacerles «cantar».

—¡No va a quedar uno sano!
¡Hay que exterminarlos sin compasión!

Empezaron las expediciones nocturnas de presos. Diariamente catorce, dieciséis, que se sabía no regresaban jamás. Iban a aplicarles «la Reforma Agraria». Los detenidos vivían aterrorizados. La entrada de M. en cualquier celda, con su lista fatídica y su acompañamiento de falangistas armados, producía una inquietud terrible. No se sabía a quién le iba a tocar. Las consecuencias eran siempre la tortura o el fusilamiento. O las dos cosas.

Hasta el 7 de agosto sacaron de la cárcel de Sevilla, para asesinarlos, unos trescientos presos. El día 8 de agosto me detuvieron a mí.

EL SINIESTRO REBOLLO

Rebollo era—debe de ser aún—el que organizaba las redadas de detenidos en masa. Su nombre es odiado de norte a sur de Sevilla. Está escrito con sangre en todos los barrios del Pumarejo, de Triana, de la Macarena, de Amate.

El oficial M., que me detestaba, debió de delatarme a Rebollo. No sé de qué me podría acusar. Pero el día 8 de agosto, cuando dormía en mi domicilio, me despertaron alborotadamente. Creí que habría ocurrido algo en la cárcel. No me sorprendió encontrarme con media docena de

los falangistas, cuyo porte y actitudes conocía yo también.

—¿Usted es Z? (Tengo que ocultar mi nombre: mi mujer y mi madre están aún escondidas en Sevilla.) Pues acompañenos.

Me inquieté un poco.

—¿Quiéren decirme de qué se trata?

—Ya te lo dirán.

Se quedaron dos de los falangistas registrando mi casa.

Fuimos directamente a la cárcel. Repasaba en mi memoria de qué podían acusarme, qué podrían encontrar en mi casa... Y me tranquilizaba.

En la cárcel comprendí. Estaba detenido. Acusado de «rojo». Rebollo había dicho que yo era un tipo de mucho cuidado.

ME VAN A FUSILAR

Me cuesta trabajo escribir. He sufrido horriblemente. Conviví una noche con hombres que al día siguiente eran separados para fusilarlos. Llegó a ejecutarse, sin formación de causa, en el patio de la prisión. Lo que más nos horrorizaba era la presunción del martirio. Habíamos visto a otros con las facciones machacadas, retorcidos por el dolor de las purgas fenomenales.

A mí, el 11 de agosto, me sacaron de la cárcel también. Me apretaba el corazón, me mojaba de sudor la frente y me secaba la lengua el recuerdo de todo lo que yo había visto y todo lo que sabía. La visión del «Conservatorio», con sus palizas tremendas, sus suplicios inconcebibles, me horrorizaba. Sabía lo que era eso de hacer «cantar» a uno. Yo no tenía nada que cantar. Me fusilarían después de torturarme. Llegamos a una Comisaría que conocía yo: la Comisaría de Jáuregui. Después de unos trámites de preguntas: (¿Dónde se esconde Fulano? ¿No quieres hablar?), me llevaron al patio. Había allí cinco o seis detenidos más.

No sé a quién le oí decir esto:

—Este, ahí, que vamos a fusilarlo también.

II

Había ocurrido tan rápidamente, que no lo comprendía bien. Más que terrible, me parecía absurdo que yo estuviese allí, en el patio de la Comisaría de Jáuregui—conocía a casi todos los agentes—entre unas gentes que desconocía, esperando el momento de ser fusilado. Pero, ¿por qué? Yo no calibraba exactamente lo que había ocurrido en Sevilla desde el 17 de julio. Mi carencia de relaciones, el régimen solitario de mi vida me aislaban de lo que debía ser un acontecimiento tan tremendo, capaz de tener a un oficial de prisiones como yo, esperando la muerte.

Ya comprendo que mis sensaciones personales no importarán gran cosa a los que en este relato quieran obtener algún conocimiento de lo que en Sevilla pasa. Procuraré, como me propuse al escribir estas líneas, hablar exclusivamente de los hechos de que fui testigo y actor.

Aquella madrugada, entre las dos y las tres, me llevaron para declarar. El inspector S. me conocía. A mí me parecía siempre un funcionario vulgar, celoso de su carrera, sin otras preocupaciones.

Se me acusaba de que en mi casa se habían encontrado libros «rojos» y prensa «marxista». Los libros «rojos» no podían ser más que unas novelas de Gorki que me entusiasmaban, y los periódicos «El Liberal», de Sevilla, y no sé si «Heraldo de

Madrid». Había aún algo más terrible. Uno de los detenidos en días anteriores había dado mi nombre para que lo garantizase. Era un pobre muchacho, creo que socialista, muy valiente, muy bueno, magnífico obrero e inteligentísimo. Yo no supe negar que le conocía. Esto podría perjudicarme.

El inspector S., después de tomarme declaración, dispuso que reingresara en la cárcel. Mi asunto pasaba a un juzgado militar.

S. me indicó al salir:

—Usted debe conocer algunas personas que puedan interesarse por su caso...

Comprendí. Efectivamente, en el mismo Cuerpo de Prisiones, a excepción de M., yo tenía compañeros que no podían, de ninguna manera, desear mi fusilamiento.

SIN CONFESAR

Seguían las extracciones en masa de la cárcel. Los detenidos tenían una esperanza: que los enrolaran en el Tercio Extranjero. Pero muchos declaraban que preferían morir a convertirse en soldados contra sus hermanos. Se hablaba de la guerra. Sabíamos que Madrid, Barcelona, del Levante, Asturias y otras zonas seguían en poder del Gobierno de la República.

He presenciado algunos castigos brutales. Un día se descubrió entre los presos de mi sección una colecta para el Socorro Rojo. No era verdad. Se trataba de una cuestación entre unos cuantos para comprar tabaco a un muchacho que iba a ser ahorcado. La represión fué espantosa. Se apartó a los presuntos cuestores y los maltrataron hasta el agotamiento de sus verdugos.

Cruz Ulloa, el carcelero máximo, gritaba como un energúmeno:

—Canallas, ¿con que ayudabais al Socorro Rojo?

Se excitaba extraordinariamente. Cuando se cansaron de apalearlos, los encerraron en celdas de castigo y se les condenó a muerte.

Recuerdo que de éstos, un gran muchacho, Alfonso Torres Medina, cuando le exigieron que se confesara, se negó terminantemente. Hasta se le prometió que salvaría la vida si se ponía a bien con Dios. Medina se negaba con sequedad. Entonces, el funcionario Máximo Mesa la emprendió a puñetazos con Medina, hasta hacerle caer ensangrentado.

—¿Te confesarás ahora? ¡Di, pero, di!

Torres Medina murió sin confesar.

COMO AHORCARON A GARCIA ATADELL

En la cárcel conocí a García Atadell y a Pedro Peñalba. Yo no sabía quienes eran. Algunos detenidos tenían noticias de su fuga de Madrid, de sus robos y de su persona. La Prensa de Sevilla los presentaba como a unos monstruos feroces.

Atadell era un tipo reservado, mequino, que no podía disimular el miedo horrible que le corroía. Su preocupación era presentarse asaltado de misticismo e inflamado de religiosidad. Continuamente llamaba en su auxilio a los curas de la cárcel. Gritaba que estaba arrepentido, que Dios había tocado su alma. Era un farsante repulsivo. Los curas le hacían creer que salvaría la vida.

Cuando lo sacaron para llevarlo a la Audiencia para la vista de su juicio, el pueblo sevillano quería lincharlo. Lo condenaron a garrote vil. Yo no he visto jamás un hombre

más vilmente hundido, tan abyecto en su pánico, tan destrozado.

En el patio de los lavaderos de la Prisión de Sevilla, levantaron el patíbulo. Los cadalsos eran dos. Atadell y Peñalba fueron rodeados de todo el rito sombrío de las ejecuciones más tenebrosas. Con custodia de hábitos religiosos, al amanecer, una guardia de soldados y falangistas.

Se pidieron voluntarios para la ejecución. Un guardia de Seguridad llamado Serrano, se ofreció.

Atadell, al subir al patíbulo, gritó desesperadamente:

—¡Viva Cristo Rey!
Y fué ahorcado.

Yo no sabía por qué, pero aquella ejecución no me pareció injusta. Atadell se había hecho odioso a toda la prisión.

EL PUEBLO DE SEVILLA PIENSA EN LA REPUBLICA

Y llegó la orden de mi liberación provisional. Estaba vigilado y no era fácil moverme en Sevilla. Sevilla estaba desconocida. Seguían los asesinatos nocturnos—se calcula ya en 35.000 la cifra de desaparecidos—y se notaba la dictadura de los militares.

Hay sobre todo una enorme escasez de ropas. Las gentes modestas no pueden vestir. Carecen muchas personas de ropa interior.

Yo quería saber cuál era la actitud de la gente. A pesar de mi vigilancia, pude comprobar que el pueblo no había sido vencido. Todos los días aparecían en los muros sevillanos letreros con vivas al Frente Popular. Caricaturas burlescas de Queipo de Llano y de Franco.

Pero lo que más me impresionó fué la alegría casi indisimulable de la gente cuando los aviones del Gobierno de la República pasaban sobre las tejas de Sevilla.

La retaguardia sevillana no vive aislada de la zona de la República. Ni mucho menos. Se saben los sitios donde un «amigo» tiene un radio que capta la estación de Madrid. Esto se vigila celosamente. Hay rondas de pesquisa y guardias constantes en los puntos sospechosos.

Pero se les consigue burlar. Hay un sistema de enlaces para transmitirse las noticias de la radio madrileña. El pueblo de Sevilla vive pendiente de una especie de acontecimiento inesperado, de una señal, de no se sabe bien qué circunstancias para levantarse y ahogar a Queipo.

EN LIBERTAD

La vida me era muy difícil. De un momento a otro temía ser detenido de nuevo. Conseguí ganarme la confianza de Falange. He podido comprobar que Falange no está de acuerdo con los Requetés ni con Franco. La consigna ente ellos es: «Con Franco, sin Franco o contra Franco, haremos nuestra revolución».

Mi preocupación por salir de Sevilla se satisfizo al fin. Un día de septiembre logré se me designara para acompañar a Gibraltar a un falangista.

Urdí mi plan. En Gibraltar me presenté al Consulado y conseguí que me metiese en un barco hasta Marsella. Ya en Marsella no me fué difícil conseguir regresar a España, a la España de la República.

En Murcia me aguardaban mis padres. Y en la zona leal el medio de contribuir a que mi país saliera del infierno en que yo había vivido unos meses en Sevilla.

(«Frente Rojo», Barcelona, 27-XI-37)

RECEPCIÓN DE PERIODISTAS EN LA PRESIDENCIA

El jefe del Gobierno pide la colaboración de todos para resolver el problema de las subsistencias

Se crearán grandes depósitos proveedores y se intensificará la función de las Cooperativas

Los errores que se padecen sobre el valor efectivo de la peseta

A las seis y media de la tarde el doctor Negrín reunió ayer en la Presidencia a los directores de los periódicos locales y a un gran número de periodistas, además de los que inmediatamente acuden a dicho departamento a cumplir su misión informativa.

Poco antes de reunirse el doctor Negrín con los asistentes, el ministro de Defensa Nacional, que se encontraba incidentalmente en el edificio, saludó a los periodistas y les manifestó que tendría mucho gusto en acompañar a los periodistas en esta su entrevista con el Presidente.

El doctor Negrín manifestó deseo de saludar personalmente a los asistentes, y todos ellos fueron presentados individualmente, teniendo para todos altas palabras de cordial saludo.

—Era gusto y deseo mío tener un momento de charla con los periodistas catalanes—dijo el Presidente—, y ya ha llegado el momento. Ahora ustedes dirán qué noticias hay de particular—agregó en tono humorístico.

Seguidamente el doctor Negrín comenzó su charla, y atendiendo cuantas preguntas se le hicieron, trató de diversos problemas de interés. De sus palabras entresacamos lo siguiente:

—Es preciso que por parte de todos se ponga el mayor interés en resolver lo que indebidamente constituye un problema en cuanto se relaciona con el abastecimiento. Naturalmente, y teniendo en cuenta las circunstancias que atravesamos, no es posible—esto no lo ha logrado país alguno en circunstancias, no iguales, sino parecidas—que el abastecimiento de la zona leal sea de volumen tal que se aproxime a la normalidad. No hemos sabido en los momentos precisos adaptarnos a las circunstancias, que imponían unos sacrificios, y el desbarajuste pasado hay que sufrirlo ahora. Pero de ninguna manera puede, ni debe ser, lo que sucede. El Gobierno va coordinando todos los servicios de abastecimiento en perfecta colaboración con el Gobierno de la Generalidad, y se llegará a una solución. Ahora nos encontramos con que mientras en unas zonas de la España leal tienen, si no sobrante, sí lo suficiente para no apreciar las dificultades y sinsabores de una guerra, en otras se carece de muchos artículos, y otros se obtienen difícilmente. Las autoridades hacen todo lo que forma parte de sus deberes; pero se hace necesaria la colaboración de todos los ciudadanos, pues en la agravación de este problema influye notablemente la falta de sentido y solidaridad de personas inconscientes e insensibles a los problemas latentes.

Si en este aspecto es necesario, y hay que esperar que así sea en plazo breve, la colaboración de todo el mundo, lo es aún más en cuanto se refiere a la elevación del precio de los artículos. El Gobierno va a la limitación de unas tarifas. Para lograr el respeto a ellas y vigilar cuidadosamente el cumplimiento del deber que a cada uno incumbe, se intensificará la policía de bastecimientos, y esperamos que en esta labor pongan el máximo esfuerzo las autoridades locales, ya que a ellas cumple principalmente el cuidado de este problema, y lo que es más importante, el que todos y cada uno de los españoles seamos parte en esta cuestión, para que nadie pueda seguir actuando como conviene a sus deseos.

El Gobierno ha puesto a la venta numerosos artículos de importación a unos precios normales, quizá más baratos de lo que la elevación del nivel de precios hacía esperar, y luego ya ven lo ocurrido. De esto corresponde mucha culpa a la despreocupación de todos, dejando que impere el abuso del especulador.

Se tiene proyectado, como uno de los remedios, la creación de grandes depósitos proveedores y la intensificación de Cooperativas, con el fin de lograr el funcionamiento de expendedores, que, naturalmente, deberán comprometerse a los precios de tasa que se fijen.

También en todos estos problemas de precios, tanto en productos alimenticios como en los manufacturados, ha influido notablemente el error que se viene padeciendo sobre el valor de la moneda española. Gran sorpresa se llevarían los que

han pensado en pesimistas sobre la valorización efectiva de nuestra peseta. Se ha tenido por el Gobierno especial cuidado de nuestra situación económica. Aun gastándose mucho, como impone una guerra como la que estamos padeciendo, no se ha llegado a las cifras fantásticas que muchos han supuesto. En todo momento ha tenido presente, como deben tenerlo los ciudadanos, que esta guerra no ha terminado: que puede ser larga y que, desde luego, será dura. Todavía tendremos que sufrir momentos desagradables. Por ello, es preciso, además de mantener una alta moral de guerra y tener un ejército en condiciones de oponerse a los invasores, el cuidar las reservas económicas.

De tal modo se ha realizado esto, que ahora puedo decirles que el valor efectivo de la peseta es superior al que tenía antes de dar comienzo la sublevación. Esto sorprenderá a mucha gente; pero esta es la realidad. Los que no profundizan en estas cuestiones, se dejan llevar por el valor que en el extranjero se da a las transacciones corrientes a nuestra

moneda. Pero eso no significa nada, pues la realidad es la garantía que el Tesoro español tiene sobre sus emisiones.

No se han emitido billetes de modo extraordinario, no. Naturalmente, ha habido que poner en circulación cierto número de ellos, pero no en la cantidad que muchos suponen, y no hemos gastado el dinero en las proporciones aterradoras que han calculado a la ligera, sino que nos encontramos en condiciones de poder sostener económicamente la guerra que mantenemos, aunque ésta dure dos años o más. Naturalmente, lo que pudiera ocurrir al alargarse la contienda de modo desmesurado, no puedo preverlo; pero sí les digo que en las circunstancias presentes nuestra situación es francamente buena.

No hemos gastado tanto dinero como piensan muchos, no porque no fuera necesario o porque no lo deseara el Gobierno—¡qué más hubiera querido!—, sino que nuestras transacciones comerciales no llevan la marca y volumen que deseamos. Si hubiéramos podido comprar todo lo que necesitábamos para la guerra,

podría decirles a ustedes que ya no tendríamos que pensar cuándo se acabaría.

Para darles una idea de los gastos que la actual lucha ha supuesto al Gobierno español, he de decirles que siendo esta guerra, en la que se han empleado con más abundancia los elementos mecánicos costosísimos, con su construcción modernísima, y en la que se han hecho experimentos de muchos de ellos, los gastos, teniendo en cuenta la diferencia de volumen, la cantidad de elementos de guerra y personal empleado, no existe comparación alguna con los gastos que se realizaron cuando la guerra de Marruecos el año 1921. Viendo y comparando las cifras de estos dos hechos, se queda uno atónito, y no se puede comprender cómo y en qué gastaron tal cantidad de millones. Solamente con recordar los aviones que en la guerra de Marruecos se emplearon y los que ahora se utilizan, se puede dar una idea del valor efectivo de los medios usados, y por ello causa más asombro la diferencia que existe.

Hemos tenido que luchar en muchos momentos con el problema de las divisas. Para nosotros, era esta una cuestión de máximo interés. Se ha prosperado en este sentido, y ahora nos encontramos con mayores probabilidades de obtención de aquellas que en los tiempos pasados, y tengo la seguridad de que dentro de unos meses esta situación habrá mejorado y llegará a un nivel excelente. Y ello será debido a la normalización y aprovechamiento de nuestros productos de exportación. No solamente se lograrán divisas con las ventas de frutas y otros productos del campo, sino que normalizada y regularizada la fabricación, lograremos la exportación de productos manufacturados que nos darán un buen contingente de divisas, lo que redundará en beneficio de nuestra situación económica.

En estas cuestiones, en las que me expreso en sentido optimista, no lo hago sino después de un profundo estudio y de una convicción firme, tras haber repasado diariamente la realidad de España. Debemos tener en cuenta que lo que hemos hecho desde que empezó la guerra, puede calificarse de prodigioso. Al sublevarse los militares no pensaron en ningún momento que fuéramos capaces de crear un ejército, ni de llegar, como ya se ha conseguido, a que el antimilitarismo de la España democrática se haya anulado al darse cuenta de su situación, convirtiéndose en un deseo: lograr la perfección en lo que nunca fué querido.

Como tantas veces ya se ha dicho, no estamos ante una guerra civil. Si así fuera, ésta se hubiera terminado a los dos meses o a las dos semanas; pero la han alargado y la sostienen los elementos de lucha, técnicos y fuerzas de choque, de Alemania e Italia. Por ello tenemos que soportar la dureza y alargamiento de una contienda que hubiera finalizado con rapidez en favor nuestro.

Posiblemente, la contestación del Gobierno a la nota británica podrá darse a conocer en los primeros días de la semana próxima. Como pueden

(continúa en la página siguiente)

Los disturbios de Marrakech

Recientemente, en Marrakech, ha habido graves disturbios. Durante ellos, vióse cómo algunos árabes, pertenecientes al comercio indígena, vitoreaban a Mussolini y a Hitler. Vióse también que se mezclaban a ellos elementos extranjeros, procedentes de Túnez y Trípoli. Un grupo pisoteó la bandera francesa.

España estaba en Marruecos en virtud de un mandato internacional. Ocupaba y administraba una parte del antiguo Imperio jerifiano, *hinterland* de sus antiguas plazas de guerra de Ceuta, Melilla y los Peñones de Alhucemas y Vélez. Se había comprometido a que en toda dicha extensa zona se viviera bajo un régimen de paz y justicia. El moro debía ser protegido y defendido, pero no se le toleraría que su *kabileñismo* selvático se manifestase en algaras y *razzias*.

Para conseguir tales fines, España gastó sumas enormes y vertió raudales de sangre joven. Su esfuerzo duró un cuarto de siglo. Finalmente, ayudada por Francia, aniquiló a la llamada República del Rif. Desde el Lucas al Muluya, no hubo rebeldes ni disidentes, ni santones predicadores de guerras santas, ni Rognis rivales del mediatizado soberano de Fez. Un Jalifa, residente en Tetuán, salvaguardaba las formas diplomáticas, según las consignas reflejadas en el acta final de la Conferencia de Algeciras.

Todo eso fué pulverizado y aventado por la militarada de Julio de 1936. Franco, necesitado de fuerzas de vanguardia, avistóse con los Kaides del Rif y de Yebala, los corrompió y encargóles de organizar el reclutamiento. Había costado un larguísimo y penosísimo esfuerzo desarmar al indígena, para quien la *fusilá* era la compañera inseparable. Los facciosos rectificaron dicha política prudente. En dieciséis meses, más de 80.000 moros han sido alistados en el ejército de Franco y desembarcados en la península. Se les prometió buena paga, buena comida y el derecho al saqueo, después de la batalla. Se excitaba su inflamable lujuria hablándoles de la belleza de las mujeres españolas. Se les recordaba que sus antepasados fueron los amos de España y los grandes y evocadores nombres históricos de Sevilla, Córdoba y Granada, fueron pronunciados por agentes fascistas, en las reuniones nocturnas de los adueros y de los santuarios.

Y no se crea que la propaganda franquista se encerraba dentro del límite de nuestra zona. Es un secreto a voces que se desbordaba por encima de la frontera del protectorado hispano y cubría vastas comarcas del Marruecos francés. Extrañas complicidades, denunciadas repetidas veces por la prensa de París y de Toulouse, ayudaron a su éxito. Entre los regulares indígenas que peleaban en España, hay muchos que no son, que no fueron jamás, rifeños ni yebalas. La tentación había ido hasta ellos, insidiosa y desmoralizadora. Explotando su hambre y su sed, ganóles el ánimo para la aventura maravillosa de la invasión peninsular. Después de doce siglos, iban a pasar el Estrecho como lo pasaron los guerreros atezados, ardientes de juvenil fe musulmana, de Tarik y de Muza. Y lo pasaron... Lo pasaron en trimotores alemanes y en barcos escoltados por las marinas de Italia y del Reich. Y luego, una vez en España, tuvieron botín y carne fresca femenina. En Andalucía, en Castilla y en el Norte, siguen naciendo niños mestizos, «Niños de moro», les llama el vulgo.

Pero Francia, como Inglaterra, es una potencia musulmana. Toda agitación, toda propaganda que exalte el nacionalismo y el racismo árabes, contribuye a debilitarla. El general Mangin soñaba con un Ejército africano que, en horas graves, ayudara a Francia a conjurar los peligros de una nueva agresión germánica. Pero ese Ejército será de imposible creación si Alemania e Italia, indirectamente favorecen la acción de los agitadores marroquíes, tunecinos y argelinos, acción que naturalmente, influiría peligrosamente sobre las negradas de la Mauritania y del Senegal.

Franco, al romper el Pacto de Algeciras, al hacer de las kabilas marroquíes la base de sus elementos de choque, al alentar reivindicaciones históricas, de orden político, racial y religioso, no sólo ha comprometido gravísimamente los intereses de su patria en Africa, sino que ha dañado a los de la Francia vecina. ¿Que no le importa? Ya lo suponemos. Lo raro es que el patriotismo allende pirenaico no se haya alarmado, dentro de las zonas políticas de los partidos conservadores.

FABIAN VIDAL
(Escrito expresamente para el «Servicio Español de Información».)

suponerse, y conociendo las preguntas de la nota británica, no deben esperar nada extraordinario en la contestación del Gobierno español. No les puedo decir más sobre este particular, porque una elemental discreción me obliga a guardar silencio acerca de su contenido, antes de que sea conocido por el Gobierno inglés.

Acerca de la retirada de voluntarios, nada se puede predecir. De los países fascistas que intervienen en la guerra se puede esperar cualquier cosa, y harían todo lo posible por disfrazar a todos sus elementos con objeto de que, a la hora de la retirada, todos fuesen españoles, tropas coloniales que ellos no consideran como extranjeros o de nacionalidades no

interesadas en la «no intervención». No son cosas estas que deban preocuparnos. El Gobierno está alerta ante toda maniobra, y no se dejará sorprender en ningún momento.

Terminada la charla del jefe del Gobierno con los periodistas, se sirvió un lunch, al que asistieron, además del ministro de Defensa, los subsecretarios de la Presidencia y Economía.

(«La Vanguardia», Barcelona, 27-XI-37.)

SE AUTORIZA la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO.

ITALIA, DEDICADA EXCLUSIVAMENTE A LA GUERRA

ROMA - NOVIEMBRE

LAS FABRICAS DE ARMAS, MILITARIZADAS

Toda la industria pesada de Italia está al servicio del Estado para fines bélicos. Los talleres donde se fabrican armas, municiones, motores, piezas para aviación, etc., están ahora militarizados y se llaman «oficinas auxiliares». Además de la dirección técnica, cada establecimiento está bajo las órdenes de un comandante del Ejército, el cual dispone de 80 ó más «guardias» que custodian de día y de noche el taller. Todos los operarios están equiparados a los soldados en servicio activo y sometidos al reglamento militar. Los actos de sabotaje, indisciplina, etc., son castigados con arreglo al Código militar; el obrero que se ausenta durante más de cuatro días de su trabajo sin motivo justificado es declarado desertor y puede condenarlo a muerte el Tribunal militar.

Tales son las condiciones en que se hallan los 6.000 operarios de la fábrica «Acciaierie Terni», donde se fabrican cañones, ametralladoras y proyectiles; los mil obreros de «Bosco», que construyen hangares, etc., y los 500 operarios de la «Iera Montoro», a

20 kilómetros de Terni, donde se producen gases asfixiantes.

La «Fiat» es hoy, nominalmente, una gran fábrica de automóviles. Pero lo que produce a ritmo acelerado son aeroplanos, cañones, municiones, ametralladoras, carros de asalto, etc. Para adquirir un automóvil hace falta aguardar, por lo menos, seis meses.

También las industrias de menor importancia trabajan para el ejército. He aquí, entre muchos, algunos ejemplos:

En Bassano (Vicenza), las «Smalterie Venete» fabrican cocinas de campaña.

En Pieve di Schio y en Torre di Schio, dos establecimientos de Rossi, se fabrican mantas y tejidos para el ejército. Tienen allí ocupación 10.000 obreros.

En Schio, la fundición del Pretto Erchervis, especializada en la construcción de turbinas y máquinas para los astilleros, trabaja hoy exclusivamente para fines guerreros y se halla en plena actividad.

RESERVAS DE CARBURANTES. PILOTOS.

Que todo el sistema fascista

«DOY FE» El libro de Antonio Ruiz Vilaplana es leído en Austria

Viena, 26. — El periódico «National Zeitung» publica un comentario al libro «Doy fe... (Un año en la España nacionalista)», de Antonio Ruiz Vilaplana, ex secretario judicial de Burgos.

Dicho periódico pone de relieve especialmente los capítulos en que el autor explica las crueldades cometidas por los rebeldes, y dice que ello constituye un mentís a las apologías que del régimen franquista hacen ciertos periódicos.

Breda 64, de ataque, y de algunos otros ya empleados desde hace año y medio. Los viejos se envían a los talleres para modernizarlos. Hoy, puede disponer Italia, por lo menos, de 3000 aparatos.

El reclutamiento de pilotos es cada día más intenso: en la actualidad cuenta la aviación con más de 10.000, una quinta parte de los cuales son elementos perfectamente adiestrados y acostumbrados a toda clase de ejercicios de campaña. Los reclutas y los pilotos más jóvenes están obligados a efectuar seis horas diarias de vuelo.

En estos días, se procede en Italia a requisar los camiones de diez toneladas, en particular los O. M. Breguet Sauer, los Alfa Romeo y los Fiat con sus respectivos conductores.

Para ahorrar carburantes, se han suprimido muchos vehículos del servicio público.

PROPAGANDA EN LAS ESCUELAS.

En las escuelas elementales y secundarias, los maestros desarrollan temas que reflejan la guerra en España y la lucha contra el bolchevismo y hacen una activa propaganda para excitar los ánimos contra Francia e Inglaterra, las dos naciones que «sitiaron por hambre al pueblo italiano durante la empresa etíope» y se quedaron con la parte del león en el Tratado de Versalles.

EL PLAN DE ATAQUE

En los centros militares de Roma se afirma que si la guerra estallase, no habría una declaración previa.

Alemania, de acuerdo con Polonia, en donde se establecería una dictadura, provocaría un incidente en la frontera polaca y atacaría a Rusia. Mientras tanto, Mussolini enviaría a Túnez sus tropas, ya concentradas en Libia, e invadiría a la vez Argelia, al mismo tiempo que Franco actuaría en Marruecos. Las comunicaciones entre Francia y las colonias del Norte de África serían cortadas por la flota, la aviación y los submarinos italianos concentrados en las Baleares y en Cerdeña.

Malta y Gibraltar serían truídas y Suez, tomado. Un gran número de aparatos partirían sucesivamente, destruirían la línea ferroviaria que en comunicación a dicha con la frontera.

En cuanto a Rusia, Alemania y el Japón tratarían de invadir las provincias del Oeste y Este.

La guerra tendría un final pídisimo porque una prolongación de dos o tres meses perjudicial para Italia y Alemania, que agotarían enseguida reservas de municiones, carburantes y víveres.

Todo el plan está subordinado a la victoria de Franco y a la fidelidad de éste a sus contratos con Roma y Berlín.

EL VIAJE DE BODOGLIO

El reciente viaje del mariscal Bodoglio a Libia, Alemania y Polonia parece que está relacionado con la elaboración del plan de guerra concertado con el Estado Mayor alemán. En Libia hay concentrados 200 aeroplanos.

No se facilita pasaporte a Francia a ningún italiano menor de 50 años; los italianos que están en Francia con pasaporte legal y tienen menos de esa edad deben ser considerados como agentes del Gobierno fascista. Este tiene actualmente en Francia más de 5.000 agentes.

Niza y la Costa Azul son centros de espionaje; sobre Mónaco y Monte Carlo. Los espías son generalmente falsos comerciantes, representantes de casas italianas o falsos obreros y tienen la misión de penetrar en los centros franceses de izquierda para provocar desórdenes.

Hay que observar que en Italia, no son solamente los círculos fascistas los que ocultan desconfianza en Hitler, al atribuyen la intención de separarse de Italia para sus fines particulares en Europa, y luego de jarla plantada cuando le convenga.

Estos círculos están enojados por el papel de *segundón* que Hitler impone a Mussolini.

(«Giustizia e Libera», 19-XI-37)

Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título, original de Silvio Trentin

(Continuación)

precio mal disimulado para los criados miserables, disfrazados de jueces, que pretendían ejercer la función de juzgar.

Del 28 de mayo al 4 de junio de 1928 comparecieron ante el Tribunal especial, después de casi dos años de detención preventiva, los jefes del Partido Comunista italiano, Gramsci, Terracini, Scoccimarro y Li Causi, con otros muchos militantes del mismo partido. Todos habían sido detenidos en el mes de agosto de 1926, a consecuencia de la interceptación por la policía de la correspondencia de la Dirección y de la Secretaría política. Hay que hacer notar que en el momento de la detención, el hecho de pertenecer al Partido Comunista no podía, bajo ningún pretexto, considerarse como un delito, ya que hasta el 25 de noviembre de 1926 no pensó el legislador fascista en reformar, en esta materia, nuevas disposiciones, una jurisdicción y un procedimiento *ad hoc*. Sin embargo, todos los detenidos fueron acusados, aunque sin la menor prueba,

... de sublevación armada contra el Estado, con el fin de establecer en Italia la República de los Soviets.

Para fundamentar esta inculpación, le bastó al ministerio público afirmar que el Partido Comunista era un partido revolucionario y que los acusados eran jefes de ese partido.

En la Audiencia, los acusados, dada la ilegalidad de la persecución, hubiesen podido ganar fácilmente la indulgencia de sus jueces si hubieran tratado de demostrar que su actividad no tenía por objeto atentar contra la seguridad del régimen y que no se habían propuesto nunca fomentar el empleo de la violencia.

Pero lejos de adoptar semejante actitud, estos combatientes admirables—todos ellos intelectuales de elevado espíritu—se aferraron a proclamar orgullosamente que asumían, sin restricciones ni reservas, toda la responsabilidad.

...de las decisiones, actos, iniciativas o documentos que guarden relación, aunque sea de una manera indirecta, con las directivas del Partido Comunista de Italia...

Escucharon sin pestañear la lectura de la sentencia que les condenaba a pena de 21 a 23 años de prisión (fué en particular emocionante, en esta ocasión, la actitud de Terracini, el cual, aunque se hallaba gravemente enfermo, supo dar a sus jueces una buena lección de moral) y, a partir de ese día, desde el fondo de sus calabozos, en donde sus cuerpos se pudrían, no cesaron un instante de predicar, con el ejemplo, a sus hermanos de lucha, la intransigencia, la perseverancia y la confianza inquebrantables.

Antes que flaquear en el cumplimiento del deber sublime que se había impuesto—el de enseñar a los italianos, a cualquier precio, que sólo por la firmeza y la nobleza de su carácter es cómo el hombre da la medida de su verdadero poder—, Antonio Gramsci no dudó en aceptar la muerte con cuentagotas.

Dada su endeble constitución, puede decirse que su reclusión en el tenebroso establecimiento penitenciario de Turi di Bari fué ordenada con el deseo de hacer de él, en breve tiempo, un tuberculoso. En efecto, apenas encerrado, fué presa de la fiebre y de la hemoptisis. Pero ello no le hizo perder un solo instante su calma

sonriente ni interrumpir—a pesar de que carecía de todo medio de trabajo—sus estudios, sus investigaciones y sus profundas meditaciones.

En mayo de 1933 su estado de salud era tan grave que un médico de hospital de Roma—el profesor Cangelini—, llamado para visitarlo, no pudo menos declarar, en un informe elevado al Ministerio de Justicia y Justicia, que

... el detenido Gramsci no podrá vivir mucho tiempo si no cambia el régimen a que está sometido, y que, por tanto, a su juicio,

... se impone con urgencia su traslado a un hospital o a una clínica, a menos que no se quiera concederle la libertad condicional.

La ocasión pareció propicia a sus torturadores para tratar de dar al traste con su altivo desprecio para la autoridad que encarnan: si accede a implorar una medida de clemencia, podrá cuidarse como quiera y salvar Gramsci prefirió morir.

Se le trasladó a una clínica cuando no se podía hacer ya nada para cortar el progreso de la enfermedad que le tenía atado al lecho desde hacía tantos meses cuando estaba moribundo.

El 27 de abril de 1937, después de once años de atroces torturas, terminó su vida dolorosa.

Antonio Gramsci, a quien los comunistas italianos reconocieron, amaron y enaltecieron siempre como el jefe incomparable de su Partido, fué el animador más poderoso de la lucha emprendida por el pueblo italiano contra el fascismo y el educador más lúcido de la conciencia revolucionaria del proletariado de la península. Hoy los antifascistas de su país le clasifican al lado de Giacomo Matteotti, entre las víctimas más puras, heroicas y más fecundas, si se me permite decirlo del terror por el cual se legitima el régimen de Mussolini.

(Continuará)